

CARLOS FUENTES
Una lectura
integral de sus
últimos libros

Página 3



LUIS SOTO
En la mano
de Paulino
Retamoso

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 224 | JUEVES 17 DE MARZO DE 2016



La lucha secreta entre la vida y el arte

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.shira.gov.ar

CASA MUSEO FERNANDO GARCÍA CURTEN, SAN PEDRO, PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

LA ESCRITORA SYLVIA MOLLOY PRESENTÓ *VIVIR ENTRE LENGUAS*

Sylvia Molloy, escritora, crítica y ensayista argentina, que desde hace más de cuatro décadas reside en el exterior, presentó su nuevo libro *Vivir entre lenguas*, una reflexión autobiográfica sobre los distintos idiomas que habla, junto al escritor y cineasta Edgardo Cozarinsky. "Me interesa el cruce de las lenguas más allá de la peculiaridad de cada país. Por eso uso español, no castellano. Me llama la

atención el 'switching' que experimenté en mi infancia, así como los que se dan en otros países. Una de las mezclas que más me interesa, nacida de la necesidad, es la del inmigrante", sostuvo la autora de *Las letras de Borges*. Y señaló que lo que más le interesa es "la movilidad del fenómeno, no la pureza de la lengua. Se han cometido muchos crímenes en nombre de la pureza de lenguas".



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 17 DE MARZO DE 2016



SEBASTIÁN BASCUJADO

“**E**l arte de Fernando García Curten es un arte agónico”, escribió Abelardo Castillo, “demasiado talentoso para la frivolidad, demasiado rebelde para la desesperación. García Curten encontró en sí mismo una forma de arte y probó una etimología. Agonizar, ya lo sabían los griegos, es lo mismo que luchar”. Y es precisamente esa lucha secreta que algunos artistas establecen entre la vida y el arte lo que se propone desentrañar el escritor y ensayista, Marcos Kráimer en su libro *Fernando García Curten. Un reflejo en la penumbra*. En diálogo con *Télem*, el autor da cuenta de un trabajo que ha llevado años para lograr amalgamar sobre la base de una entrevista extensa, los subgéneros que subyacen en el libro como ser la crónica literaria, el análisis de su obra y la investigación histórica, para así inaugurar y ofrecer una nueva y explícita metodología para apreciar la vida de uno de los más grandes artistas plásticos de la Argentina.

¿Quién es Fernando García Curten?
Es una buena pregunta para empezar porque, en definitiva, es la misma pregunta que me hice yo a los 22 años cuando empecé este proyecto. Me acerqué lleno de nervios a tratar de conocer en intimidad a un artista que es mucho más que su propia obra: es un secreto a voces. Para ser claro Fernando es un artista de la generación del 60 que ha ido a contramano de los flujos y las histerias del arte de los últimos 25 años. Fundamentalmente después de un hecho paradigmático para el mundo del arte que es el “retiro voluntario”, después de una gran muestra de su obra en el CCR Recoleta en 1990. Curten decide volver a San Pedro, su pueblo natal, y recluise de todas maneras. Sus obras ya no se habían abierto con esta fama reciente. Por esto digo que es algo más que su propia obra, porque esa decisión de no pactar con el mundo cultural de Buenos Aires es también un hecho estético. En verdad en mi viaje a verlo, durante los



FERNANDO GARCÍA CURTEN, EL ARTISTA EN SU CASA-MUSEO. UNA OBRA ALIEJADA DE LAS MODAS DEL ARTE.

días de entrevista, el punto final, el punto de inflexión y la mayor incógnita a resolver era justamente el motivo de ese alejamiento.

¿Y eso influyó a la hora de decidir cómo escribirlo?

Sin dudas. Te decía recién que el libro es como un lento acercamiento. Ahora que lo pienso él se alejó del centro de la escena y mi propósito fue acercarme, irlo a buscar desde Buenos Aires al lugar donde decidió quedarse para saber cuál era la madera de este hombre.

Por eso en este acercamiento hay una acumulación de tiempos: los cuatro días de entrevista, los meses de investigación, los años de escritura, etc. Y el gran objetivo de esa acumulación es justamente llegar a descubrir al artista más enigmático. Algo que creo no se va a lograr nunca porque es una persona y un artista muy huído y cambiante. Y esto está inevitable-

mente plasmado en el libro, ya desde su estructura y sus tonos. Es un libro de varias patas: una es la crónica, otra es la entrevista y otra en un ensayo. En gran parte porque me he tenido que saber mover entre sus palabras, entre sus gestos y entre los pocos hechos documentados de su vida. Por eso es que el libro ha tenido que danzar entre el registro periodístico y el académico (del que no me puedo desprender dada mi formación de historiador y crítico de arte).

Parece difícil hacer esa reconstrucción. ¿A qué adjudicas la poca documentación sobre su vida, el escaso análisis de la obra de Curten?
Estos “huecos” en la documentación de la trayectoria y en el análisis de su obra me han fascinado por sus pares y por el mundo cultural argentino son bastante sorprendentes. La admiración que le tienen Osvaldo Bayer, Abelardo Castillo, Antonio Pujá, Jack Fuchs y Rocambolo, por ejemplo, ya en paralelo a un desconocimiento por

parte del mainstream. De ese modo la reflexión a la que se llega en el libro está tras la línea de lo que dice Luis Felipe Noé en el prólogo: que Curten es un ejemplo de que el arte argentino hay que descubrirlo en todos los rincones del país. Pero hay que dejar algo en claro: quedarse en San Pedro y alejarse de la ciudad donde se nuclea todo fue una decisión consciente para Curten, aún a costa de los peligros que eso significaba. Lo interesante es que este alejamiento, que entre otras cosas le valió la invisibilización, es lo que mejor respaldó su obra y sus palabras: cuanto más se ha aislado, más potentes y necesarias fueron sus esculturas y sus dibujos para las decenas de miles de personas de todo el mundo que visitaron el Museo San Pedro. Esta misma conciencia de sí que tiene Curten me ha enseñado muchísimas cosas en el transcurso del libro porque desde ese

La lucha secreta entre la vida y el arte

lugar se fueron destilando, durante la entrevista, posturas e ideas respecto del arte, del rol del artista, de la política como sitio estético, de los fracasos de esa generación y de las luchas internas del mundo del arte.

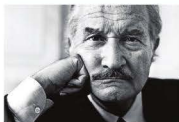
¿Y a qué conclusiones llegaste?
Lo más hermoso de todo ha sido registrar que Curten también se ha convencido, charlando en pie de igualdad con toda clase de personas en estos 23 años de Casa-Museo, de cuán horizontal y desjerarquizada debe ser la apreciación artística. Por eso en el Epílogo del libro he buscado darle sustento teórico a este modo de experiencia estética.

Respecto de la casa-museo ¿en qué estado se encuentra hoy?

Eso es lo más terrible de todo. Cuando conocí a Fernando y a su museo en 2009 sus preocupaciones y temores estaban íntimamente relacionados con el descuido que sufría la casa-museo por parte de la municipalidad (problemas de humedad, filtraciones, goteras, etc.). Hoy la casa-museo está cerrada al público, lamentablemente, como señal de la continuación de esa desatención municipal. Se ha intentado de todo pero parece que las respuestas del municipio no son de lo más contundentes. Estamos hablando de una casa-museo que fue declarada de interés cultural por la provincia de Buenos Aires y está asociada a la Unesco, entre otras cosas. Es llamativo que el mismo artista que confió en su lugar, en su pueblo para cobijar y exhibir su obra, hoy se va desatendido y abandonado por quienes deben velar por este gran valor cultural. Pero afortunadamente el libro que lo queremos hacer con la editorial Milena Caserola tuvo frutos: el financiamiento colectivo a través de la web que hicimos en diciembre no solamente nos permitió imprimirlo sino también arreglar y poner en condiciones el techo de una de las salas del museo, y también nos permitió hacer un trabajo de campo que van a facilitar la mejor conservación de su más de 8.000 dibujos. Creo que este modo de colaboración fue la mejor respuesta y el mejor abrazo a un artista, a unas obras y a un espacio que se pensaron desde lo colectivo siempre.

En Conferencia sobre la lluvia (Interzona), el mexicano Juan Vilorro resume una suma de temas y tensiones del monólogo en una teatralidad que encuentra su acción en la trama diálogada y pone el contrapunto de ideas al borde de la dravagación. En el texto el personaje se superpone a una faceta del mismo Vilorro (1956): la del charlista sobre temas diversos —de la literatura al fútbol— que roza el unipersonal y

maneja con destreza una oralidad zigzagueante con desvíos hacia el comentario puntual, la anécdota, el dato curioso y la perplejidad. Admirador de la ironía de la literatura inglesa, lector febril de Singer, Twain, Salinger, Borges, Calvino, Cortázar, Verne y Bashevis, Vilorro tiene una celebrada obra narrativa con libros como *El testigo*, *Arreclé*, *Los culpables*, y es autor de *Filosofía de vida*, llevada a escena en 2012.



El tiempo del después*

Una lectura integral de los últimos libros de Carlos Fuentes



JUAN PABLO BERTAZZA

III

Desde aquella infancia nómade debido al trabajo de diplomático de su padre que, según cuenta la leyenda, lo devolvía cada verano a la Ciudad de México donde, mientras todos los chicos disfrutaban de las vacaciones (él seguía estudiando para no perder el idioma), hasta su cargo como miembro honorario de la Academia Mexicana de la Lengua en 2001, Carlos Fuentes constituyó la pata casi científica del boom, el historiador autodidacta metido en la piel del escritor, el profundo conocedor de la cultura tan compleja como la mexicana vestido de narrador; el hombre de las tragedias terribles—otra vez la muerte de sus hijos Carlos y Natasha—que no le despeararon el bigote.

En definitiva, el intelectual que circunstancialmente era un artista. Lo notable es que esa imagen que para muchos lectores pudo parecer indeleble, se difumina en sus últimos libros.

Y es todo un género inexplorado el de los últimos libros de escritores, un género neblinoso, sí, y apasionante en el que sobresalen *La bota de la estrella* de Clarice Lispector, *Cato de José Saramago* y —más allá de que, en rigor, su último libro de ficción proliamente dicho es *Federico en su balcón— Carolina Gran*, un volumen de relatos notablemente breve, que tienen como eje temático el tiempo, el tiempo artístico, se navega levemente por un mundo de fantasmas, de tí y bella) "como una noche con dos lunas o un día con doble sol". Un libro hipnótico, brillante, ya no erudito sino de una narrativa tan brutal como descarnada que sigue las vicisitudes de una mujer imposible, una mujer con la que

sueña un prisionero para lograr huir, una mujer que enamora en una visión e inspira toda la obra del gran poeta italiano Giacomo Leopardi, una mujer que lleva a donde va luz y tragedia, una mujer que cada vez que aparece genera una muerte: la de Cristóbal de Olmedo, que muere al eyacular sobre Carolina, y también la de su propio hijo, a quien ella le pone Brillante, y que muere en una especie de reversión porno de Edipo, devorado por su propia madre.

Hay que insistir con una idea: fue en un metódico y sistemático rapto de deseo de inmortalidad, a los que son tan afines los escritores aun cuando intenten negarlo, que Carlos Fuentes decidió organizar con esta su obra literaria bajo el nombre global de *La ciudad del tiempo*, una especie de *Comedia humana* de Balzac, autor que influyó no sólo a Fuentes sino también a todos los involuntarios miembros del Boom. Hacerlo immortal, en efecto, un afán de inmortalidad: esa agrupación por subgéneros y temáticas como "El mal del tiempo", "El tiempo romántico", "El tiempo político" o "Los días enmascarados" suponía no sólo dislocar cualquier cronología sino también dejar infinitos casilleros para ir completando progresivamente. Pero, a su vez, dentro de ese afán de inmortalidad se escondía también cierta pulsión tanática, acaso la primera cesión de derechos a la muerte. Porque en su monumentalidad lo que escondía también esa clasificación era un tratamiento. De ese afán de eternidad hasta la prolija firma del lenguaje artístico, se navega levemente por un mundo de fantasmas, de tí y bella) "como una noche con dos lunas o un día con doble sol".

No es casual, incluso, que en los ocho relatos de *Carolina Gran* haya siempre un pasaje, una transición, una fuerte tensión entre dos mundos, una permanente disyuntiva entre entrar y salir. "Me doy cuenta de que ella es no sólo discreta. Es desconocida y me desconoce. ¿No es esto lo que buscaba? ¿Desconocer y ser desconocido? Duermo y despierto inquieto, temeroso de que, al lado de ella, yo deje de distinguir entre el sueño y la vigilia... entre el cuerpo y el alma... entre el hoy y el ayer."

Además de ser uno de los mejores personajes femeninos de su obra, *Carolina Gran*, el —casi— último libro —casi póstumo— de Fuentes, marca un punto alto de su trayectoria literaria, la última dirección en su notable parábola. No por ser un último libro. Si no porque es un canto a la muerte.

teraria, y como si se tratara de un salón repleto de espejos, desfilara, a su vez, trágicos personajes con molde literario, pero con el sello inconfundible de Carlos Fuentes: Aarón Azar, un excéntrico abogado que fomenta la revolución y es acusado de haber mandado a fusilar a su hermano; Gala, una bella mujer atormentada por no haber heredado en todo su esplendor la hermosura de su madre, la actriz Lilli Bianchi, cuyo nombre hace resonar el de Lilith, legendaria figura judía considerada la primera esposa de Adán, anterior incluso a Eva; Leonardo y Dante, dos hermanos que no se ponen de acuerdo acerca de qué hacer con su padre moribundo; y Elisa, una niña que, luego de haber sufrido maltratos y violaciones por parte de su madre y padrastro, es adoptada por una pareja de benefactores que le brindan todo su amor y a quienes terminará asesinando a sangre fría.

Vale decir, otra vez, el infierno de las familias felices.

IV

Quando murió, en mayo de 2012, Carlos Fuentes tenía dos libros listos para su publicación: *Personas*, un serie de memorias ajenas donde reunió sus "impressions acerca de una veintena de personas, todas ellas fallecidas, que habían sido importantes en su vida", y *Federico en su balcón*, última novela póstuma que planeaba presentar ese mismo mes de noviembre en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

En medio de una calurosa noche, un alter ego de Fuentes sale al balcón y el lugar del arte como transformador y catalizador de una sociedad. Sin embargo, y hay que volver a este punto, un tema se destaca claramente sobre los otros: la familia como genealogía. Pronto, el incoherente y casual diálogo trasunta en un descenso a los infiernos al mejor estilo de la *Divina Comedia*. Ocho mundos de infierno, el itinerario estará signado por numerosos y superpuestos círculos de decadencia moral, a lo largo de una ciudad convulsiónada por una desgarradora revolución contra la oligarquía del antiguo régimen. En esa pasarela li-

teraria, y como si se tratara de un salón repleto de espejos, desfilara, a su vez, trágicos personajes con molde literario, pero con el sello inconfundible de Carlos Fuentes: Aarón Azar, un excéntrico abogado que fomenta la revolución y es acusado de haber mandado a fusilar a su hermano; Gala, una bella mujer atormentada por no haber heredado en todo su esplendor la hermosura de su madre, la actriz Lilli Bianchi, cuyo nombre hace resonar el de Lilith, legendaria figura judía considerada la primera esposa de Adán, anterior incluso a Eva; Leonardo y Dante, dos hermanos que no se ponen de acuerdo acerca de qué hacer con su padre moribundo; y Elisa, una niña que, luego de haber sufrido maltratos y violaciones por parte de su madre y padrastro, es adoptada por una pareja de benefactores que le brindan todo su amor y a quienes terminará asesinando a sangre fría.

Vale decir, otra vez, el infierno de las familias felices.

Con claros ecos literarios de Dante Alighieri, Oscar Wilde, Dickens, Edgar Allan Poe y, por supuesto, varias ideas de Nietzsche, *Federico en su balcón* es una novela omnívora, abeja de innumerables temas: el abuso de poder, las traiciones sangüneas, la decadencia moral y el lugar del arte como transformador y catalizador de una sociedad. Sin embargo, y hay que volver a este punto, un tema se destaca claramente sobre los otros: la familia como genealogía. Pronto, el incoherente y casual diálogo trasunta en un descenso a los infiernos al mejor estilo de la *Divina Comedia*. Ocho mundos de infierno, el itinerario estará signado por numerosos y superpuestos círculos de decadencia moral, a lo largo de una ciudad convulsiónada por una desgarradora revolución contra la oligarquía del antiguo régimen. En esa pasarela li-

teraria, y como si se tratara de un salón repleto de espejos, desfilara, a su vez, trágicos personajes con molde literario, pero con el sello inconfundible de Carlos Fuentes: Aarón Azar, un excéntrico abogado que fomenta la revolución y es acusado de haber mandado a fusilar a su hermano; Gala, una bella mujer atormentada por no haber heredado en todo su esplendor la hermosura de su madre, la actriz Lilli Bianchi, cuyo nombre hace resonar el de Lilith, legendaria figura judía considerada la primera esposa de Adán, anterior incluso a Eva; Leonardo y Dante, dos hermanos que no se ponen de acuerdo acerca de qué hacer con su padre moribundo; y Elisa, una niña que, luego de haber sufrido maltratos y violaciones por parte de su madre y padrastro, es adoptada por una pareja de benefactores que le brindan todo su amor y a quienes terminará asesinando a sangre fría.

Vale decir, otra vez, el infierno de las familias felices.

Con claros ecos literarios de Dante Alighieri, Oscar Wilde, Dickens, Edgar Allan Poe y, por supuesto, varias ideas de Nietzsche, *Federico en su balcón* es una novela omnívora, abeja de innumerables temas: el abuso de poder, las traiciones sangüneas, la decadencia moral y el lugar del arte como transformador y catalizador de una sociedad. Sin embargo, y hay que volver a este punto, un tema se destaca claramente sobre los otros: la familia como genealogía. Pronto, el incoherente y casual diálogo trasunta en un descenso a los infiernos al mejor estilo de la *Divina Comedia*. Ocho mundos de infierno, el itinerario estará signado por numerosos y superpuestos círculos de decadencia moral, a lo largo de una ciudad convulsiónada por una desgarradora revolución contra la oligarquía del antiguo régimen. En esa pasarela li-

teraria, y como si se tratara de un salón repleto de espejos, desfilara, a su vez, trágicos personajes con molde literario, pero con el sello inconfundible de Carlos Fuentes: Aarón Azar, un excéntrico abogado que fomenta la revolución y es acusado de haber mandado a fusilar a su hermano; Gala, una bella mujer atormentada por no haber heredado en todo su esplendor la hermosura de su madre, la actriz Lilli Bianchi, cuyo nombre hace resonar el de Lilith, legendaria figura judía considerada la primera esposa de Adán, anterior incluso a Eva; Leonardo y Dante, dos hermanos que no se ponen de acuerdo acerca de qué hacer con su padre moribundo; y Elisa, una niña que, luego de haber sufrido maltratos y violaciones por parte de su madre y padrastro, es adoptada por una pareja de benefactores que le brindan todo su amor y a quienes terminará asesinando a sangre fría.

*La primera parte de esta nota puede leerse en la página 4 del SLT 222.

Una millonaria caprichosa, una pareja de italianos que vinieron con el sueño de conquistar América, dos niñas que traman una amistad duradera a pesar de las diferencias sociales y un hombre con grandes ideales son algunos de los personajes que se entrelazan en *Los amantes de San Telmo*, la nueva novela de Graciela Ramos. Tras el éxito que acompañaron los romances

instalados en la escena de la conquista del desierto, Ramos regresa al sello Suma de Letras con la historia de Donatella y Stéfano, una joven pareja italiana que sueña con comenzar una nueva vida en estas tierras pero la realidad supera sus expectativas de prosperidad y bien que vivir en conventillo del barrio porteño de San Telmo, con la epidemia de fiebre amarilla como telón de fondo.



CONTRATAPA

→ Luis Soto



En la mano de Paulino Retamoso

Yo vivo en Paulino Retamoso. No es una calle, tampoco un pueblo del sur de Uruguay. Paulino Retamoso es un hombre y yo formo parte de ese hombre, estoy ahí. Yo soy ustedes, dice él cuando se pone en jefe de familia. Sobran los alcahuetes que tiemblan. De otras partes del tipo hablo, me dicen compañero, desconfío de ese no hablaba, dicen, y se apartan a contrastar nosotros somos el Licenciado Retamoso. Yo no entro en ese coro. A él le molestaba mi actitud. Pero a partir de una noche de febrero de 2013 sabe que cuenta conmigo, y es suficiente. Mentiría si dijera que su figura central de su vida. Si digo que vengo estando en Retamoso desde hace 57 años, los acaba de cumplir, pero hasta esa noche, sin funciones definidas. Por ahí él me paraba plano en el aire, a vestir si empezó a llover, decía, o me ordenaba que espantara una mosca. En esa época inflaba mucho la presión de la palma y el índice. Yo ocupaba mi puesto natural, vengo a ser el revés de la mano izquierda de Retamoso. Un tramo del revés, en realidad, entran los mallitos y las falanges de cuatro dedos. El pulgar se mueve aislado, tampoco integran el bloque lo que va de los midios hacia la muñeca, falanges, yemas y uñas, salvo Cori, la uña del meñique, tipo lácida. Nació en ese lugar. Yo ayudaba en tareas mecánicas: tocar timbres, sostener la alfombra, alisar la bragueta, aperturar el botón de la chaqueta, etc. Pero para que Retamoso mirara a la izquierda me cubría del sol. Yo le decía, sin proyectos personales. Sentía que era un ala de alguien que no volaba. Una vez me opuse a que el índice de la derecha pegara un moe en el tronco de un tito, pero igual

lo pegó, Retamoso me da plena autonomía. El y la palma derecha eran las estrellas. En esas tareas de rutina no tenía posibilidad de mostrar alguna virtud. Me suena ridículo eso de que tengo celos de la palma. A ella le encomiendan funciones más vistosas. No es decisión de Retamoso. En el saludo tradicional sólo las palmas se anchoran, crece o no el apretón y hasta que deciden soltarse, los dorsos miramos para otro lado. En el juego amoroso la boca es la primera en acariciar la piel de la persona que se trata de seducir, detrás avanzan el índice y la palma. Si no contara con la audacia del índice las pretensiones de la palma serían mucho más modestas. Ella lo niega, sostiene que es una extensión de sus dominios, pero todos sabemos que el índice es lo más parecido a otro pene. Apenas hay arrime físico el índice se corta solo. No sé cuánto voy a estar en la gruta, anuncia, lo he oído, gruta dice, y deja afuera a la palma. Otra cosa, no creo eso de que la palma se desliza con más suavidad que nosotros. Nunca he querido discutir esa teoría. Provocamos distintas sensaciones, habría que hacer una encuesta. La ex esposa de Retamoso, Olga, tenía dedos anchos y oscuros, Cori decía que eran madeiras en Marruecos. A Olga le encantaba que se los quitáramos balanceándonos como el arco de un cello. Pero se separaron. Según Cori la palma es una inmensa llanura, todo horizonte, previsible, aburrida. En cambio, nosotros tenemos montañas, cerros, ríos, cascadas, etc. Con durezas excitantes. Hablando de excitarnos, Retamoso sabe perfectamente que para que yo llegue a ese estado tiene que relegar a la pal-

ma y usarnos, usarme a mí en la carnicura, digo, y lo hace, admito que quizás se da con a ratos ahora el juego de los pezones de Marruecos. Pero eso comenzó a darse después de la noche de la revelación. Antes las agresiones de la palma no paraban, como sino fuéramos uno y otro lado de una sola mano. Decía que cuando llegáramos a viejos su piel seguiría viéndose tersa, mientras que la mía se iba a llenar de arrugas y manchas negras. Haga algo, Retamoso, esta mina me tiene harto, grité en un restaurante. Llamado inútil, no intervino. Era otra la desigualdad que más me inquietaba, tal vez porque Cori me decía: con lo de la vejez tiene razón. Retamoso va a reuniones en que se rinde culto a ritos paganos, vudú, yoruba, y si se presenta la ocasión se hace leer las manos. No entiendo por qué las mujeres a las que paga por esa santería, y caro, sólo se fijan en las líneas de la palma. Me cuesta creer que no surja ningún dato rescatable de la observación en detalle de la piel alta, la nuestra, de la misma mano. La palma se jacta de lo precisas y marcadas que son sus líneas y de los seis no estatus situaciones entre ellas. Pero Cori investigó y tres de esos montes: el de Mercurio, de Marte y de la Luna, se encuentran en curva descendente debajo del meñique, que es de los nuestros. Siento que la palma está perdiendo poder. En los últimos años comenzamos a colaborar en el manejo del mouse, concluido por la yema del índice, con apoyo del dedo índice. El mundo de internet colapsa y ella y nosotros nos han reducido a oscuros personajes. Yo lo asumo, ella no. Además el hombre sigue condenando a la palma a una misión humillante: en trance de pedir limosna no habla, vuelve la palma hacia

arriba y ella se abueca, pone cara de indigente. Cori insiste: la palma pone cara, actitud. El dorso, nuestro dorso, no cae en esas debilidades. Puedo reconstruir en detalle la noche en que me convertí en protagonista clave. A la salida de un boliche donde había tocado Dino Saluzzi surgió una discusión por una mujer. Era delgada, buen cuerpo, nada excepcional. A punto de que subiéramos al coche a ella, La Beba, se le ocurrió acusar a Retamoso: ese se quiso meter conmigo en el baño, dijo. Él ni la había fichado. Se le fueron al humo dos grandes. Recién cuando los tuvimos encima la situación fue movilizándolo a mi bloque. En unos segundos no dudé, había que pelear. Entonces saqué (me salió) pecho, o puño. No sé, Retamoso sigue diciendo: mi reacción fue animal, misterio de la bestia que yo lleva entre las riendas. La cosa que pronto los cuatro mudillos manos se hicieron puño cerrado y sentí que había pasado a ser Retamoso, yo sólo, líder de la resistencia. Sin esperar ordenes pegué con toda mi fuerza en el higado de uno de los pesados. Después me entereé que eso era un upper-cut. El urso cayó al suelo. El resto de Retamoso me miró asombrado, yo no dije nada, me guardé. La barra de La Beba trepó a un taxi cargando el moqueado. Ahí no más se produjo una deserción en masa, de los 27 huesos de la mano 19 pasaron a militar en mi bloque. Desde esa noche existe una complicidad entre Retamoso y yo. Con una virtualidad puño y me hace pegar sobre la palma, varias veces, sin fuerza, un juego. Nunca más tuve que hacer tareas subalternas. Él confía ciega-

mente en mí. Una tarde por semana vamos a hacer guantitos al Almagro Boxing Club, en la calle Díaz Vélez. Me aburre pegarle a la bolsa. Lo mejor de prenderse a trompadas es mirar al otro a los ojos. Alguien quisieran escapar del ring, pero cada tanto uno se topa con los de mirada asesina. Si no toma vino o whisky, Retamoso es un hombre tranquilo, sereno. Por ahí llega a ser muy agresivo con la palabra. Yo nunca volví a intervenir. Él tuvo una entrevista con un psicólogo. Quería saber cuántas trompadas pega un hombre en menos de 60 años, si es normal que sólo pegue una. "Es como si me preguntara cuánto dinero pierde ese hombre, a cuánto gente odio, cuántos polvos se echó en ese tiempo. No hay reglas, ni estadísticas, depende del individuo", dijo el psicólogo. Cuando salimos del consultorio yo no cabía en el puño por duro que lo armara. Pasaron unos días, la palma me vino limando las uñas, me había detenido en Cori. Son las 9 de la mañana y en la casa quedo todo por hacer, se quejó. Hice una pausa y en eso tronó la voz del Licenciado: él es la piña de Paulino Retamoso. Qué dicho consagrada mi condición. Alguna vez ha pintado clima de bronca, recuerdo cuando el auto chocado con un camión en la General Paz. Automáticamente yo encopo y alargo los dedos, me preparo, pero él siempre se serenaba, quieto, dice, entonces me empiezo a relatar y terminamos encendiendo un fago. Son horas del día cuando se calma como a un perro, me carga Cori. No sabe que después del choque Retamoso me dijo: ésta es una ciudad violenta, podida, te voy a cuidar, nadie más que yo puede tener idea de lo que significa para una piña retirarse invicta en Buenos Aires.